



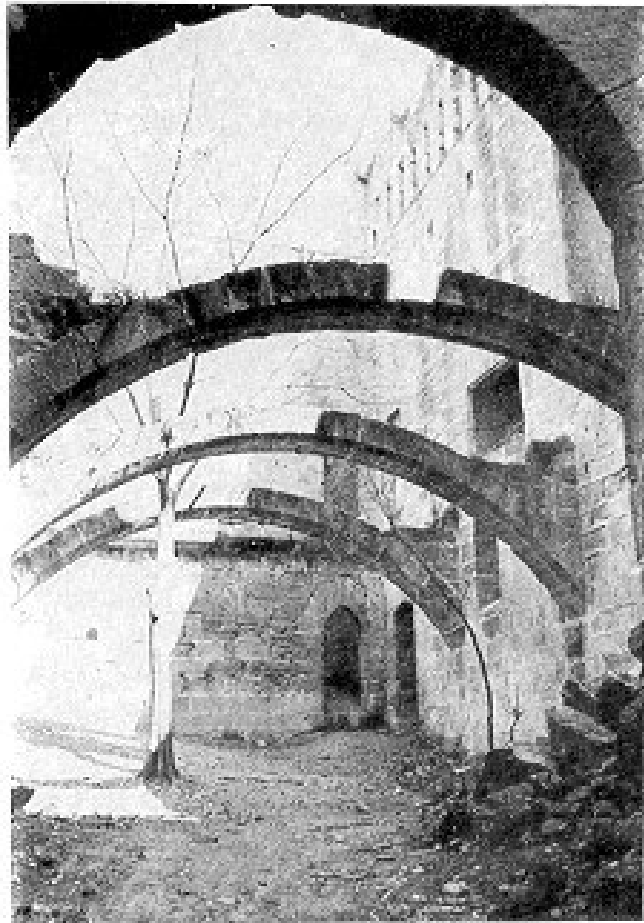
Vista parcial del Castillo de Valderrobres

AYUDA DEL PAPA LUNA EN LAS OBRAS DEL CASTILLO DE VALDERROBRES

Aun con la brevedad exigida por un Programa de Fiestas, me es grato presentar en él un documento del papa Luna, relativo al castillo de Valderrobres, que destaca por su originalidad e interés social.

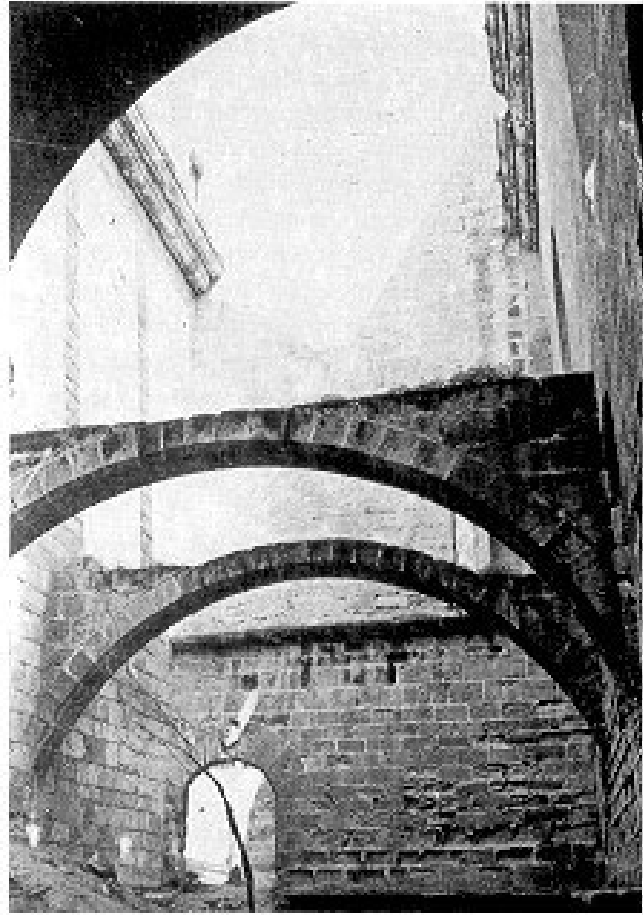
La extensión concedida al castillo en el folleto «Valderrobres y el Matarraña» nos exime de un análisis de las épocas de su construcción, pero, sin embargo, hay que comenzar recordando que la parte más noble del castillo se debe a los tiempos del arzobispo don García Fernández de Heredia, que ocupó la sede cesaraugustana desde 1386 hasta 1411, es decir, durante gran parte del pontificado de Don Pedro de Luna. Tal arzobispo murió el 1 de junio de 1411 en La Almonia de Doña Godina, cuando de regreso del Parlamento de Calatayud fue vilmente asesinado por las gentes de don Antón de Luna, partidario del conde de Urgel en el problema de la sucesión a la corona tras la muerte de Martín el Humano. La trágica muerte de don García produjo graves consecuencias en la Corona de Aragón, siendo la principal la exclusión del mismo conde de Urgel y, por tanto, la elección para rey de Aragón de su gran rival don Fernando de Antequera, el día histórico del 28 de junio de 1412 en la ciudad de Caspe.

Mas a escala eclesial, esta sacrilega muerte hizo que el papa Luna retuviese para sí el Arzobispado de Zaragoza y, por tanto, sus señoríos, cual el de Valderrobres, hasta finales de 1415, en que el papa nombró como sucesor de don García al obispo de Barcelona Francisco Climent. Y es durante ese periodo cuando el papa Luna continúa la obra inacabada del arzobispo García en el castillo. Las obras prosiguen, pues, con las rentas del Arzobispado que van a parar ahora a las manos del papa; pero además éste, a fin de acelerarlas, manda a trabajar en el castillo varios esclavos, pertenecientes a su soberanía.



Tales esclavos son sarracenos, es decir, lo que vulgarmente denominamos moros. Provenían sobre todo de las acciones piratas de berberiscos o turcos contra las costas cristianas, cuando al fracasar en su intentona eran capturados, o bien de los mismos mudéjares, es decir, los moros residentes legalmente en reinos cristianos, cuando pretendiendo escapar y fugarse a Granada o a otros reinos moros, no lograban su propósito. Los esclavos, si no eran recuperados por sus familiares, eran vendidos en los mercados y adquiridos a buen precio por reyes, magnates, incluso eclesiásticos, mercaderes o cualquier otro ciudadano. Con respecto a los esclavos del palacio papal me consta documentalmente tanto su compra en almonedas o encants como su obtención de acciones fracasadas de piratería mora en las mismas costas de Peñíscola, residencia a la sazón del papa. Pero si durante toda la Edad Media se da el fenómeno de la esclavitud en los reinos cristianos, igualmente en los reinos moros es frecuente la cautividad y posterior esclavitud de cristianos hasta tal punto que para remediar esa situación surgieron Ordenes religiosas, cual los Mercedarios y Trinitarios, quienes, por ejemplo, todavía en octubre de 1580 lograban la liberación más famosa de nuestra historia patria rescatando de su cautividad de Argel a Miguel de Cervantes.

Así las cosas, el «papa del mar» envía esclavos moros para las obras del castillo. El documento de referencia se halla en los llamados Registros Aviñoneses del Archivo Vaticano. En él no consta el tiempo que estuvieron trabajando, pero sí el número de esclavos entregados para las obras al beneficiado de la iglesia de Valderrobres, el presbítero Guillermo Bonet, responsable de ellos ante la curia papal. Este, en efecto, terminadas las obras, devuelve en enero de 1416 los esclavos a su dueño, haciendo una relación del destino de los esclavos, según voluntad del mismo papa. En su relación nos dice que recibió cincuenta y nueve sarracenos, de los cuales cuarenta y nueve eran varones y el resto mujeres. La devolución la realiza de esta manera: tres esclavos son enviados a trabajar en la catedral de Barcelona; dos son destinados con idéntico fin al monasterio cisterciense Jesús de Nazaret en Mallorca; a otro monasterio agustino del Panadés son entregados cuatro; igualmente para obras en el monasterio de Veruela son destinados otros cuatro y para obras en el castillo de Maella tres. De este modo el papa ayudaba a diversos lugares con gente especializada en la albañilería, cual era fama de mudéjares y moros, considerados como los mejores alarifes.



Así mismo, prosigue la relación, a un sacerdote barcelonés son regalados dos esclavos y una esclava y al castillo papal de Peñíscola son devueltos veintitrés varones y diez hembras. Igualmente el mismo Guillermo Bonet recibe dos esclavos, como paga de sus preocupaciones y trabajos. Mas he aquí que, durante su permanencia en Valderrobres, nacen algunos y otros mueren. Este dato nos induciría a pensar que su ayuda en las obras del castillo duró bastante tiempo, incluso años. En efecto, el beneficiado Guillermo recibió cincuenta y nueve esclavos pero en su devolución hace constar sesenta y nueve, incluyendo en tal cómputo lo siguiente: nueve fallecidos de muerte natural durante las obras; otros cinco que, habiendo asesinado a su guardián, fueron castigados con la horca, si bien solamente fueron ejecutados tres, pues los otros dos lograron huir. Y finalmente una sarracena, que recupera la libertad convirtiéndose al cristianismo a fin de casarse con un cristiano de la villa, enamorado sin duda de la bella mora, llamada Nogía, nombre que en su bautismo cambia por el muy hermoso de Violante.

La destinación de los esclavos a otros menesteres paralizaría las obras, causando un gran vacío en el pueblo. Sin embargo, sus gentes recordarían con frecuencia su presencia comentando los anteriores incidentes y, sobre todo, admirando la maestría de sus trabajos. Igualmente la veneración por el gran papa aragonés, Don Pedro de Luna, el mayor impulsor de obras de arte en la Corona de Aragón, perduraría todavía muchos años, a pesar de negársele oficialmente en ese mismo año 1416 la obediencia. Sirvan estas cortas líneas para que también nosotros, documentándonos sobre trabajos y sufrimientos de otros tiempos, sepamos valorar las grandes obras que, merced a ellos, han perdurado hasta nosotros. ¡Su arte y prestancia bien merecen nuestro esfuerzo por conservarlas!

Lic. OUIDIO CUELLA, *párroco de La Fresneda, colaborador del Consejo Superior de Investigaciones Científicas*